

APOTEOSIS DE UNA GLORIA Y CELEBRIDAD NACIONAL

El siglo XIX introdujo en la historia de la cultura la consagración del escritor. En ningún otro momento había gozado de una consideración semejante, de una proyección pública tan abarcadora y de un reconocimiento social que le conferirían un estatus semidivino. Si la Ilustración había favorecido la estima del *homme de lettres* por encima de cualesquiera otras consideraciones en la república de las letras, la cultura decimonónica contempló con entusiasmo el ceremonial del triunfo de su gloria, cuya manifestación más vistosa —y teatral— se escenificó en las coronaciones, que distinguieron en España a Manuel José Quintana, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Juan Eugenio Hartzenbusch, José Zorrilla, Gaspar Núñez de Arce y Salvador Rueda. Representaban, en efecto, la consagración del escritor en la sociedad contemporánea... aunque Quintana no pudiera costear el traje bordado en oro con que fue coronado por Isabel II el 25 de marzo de 1855 en el Senado y Zorrilla tuviera que empeñar la corona que se le impuso el 2 de junio de 1889 en el Palacio de Carlos V de Granada, descubriendo, para colmo, que no era de pepitas del Darro sino de un fingido sobredorado más acorde al cabo con la memoria de apariencias que había que rendir al guión del gran teatro del mundo¹.

¹ Sigue siendo de referencia el estudio clásico de Paul Bénichou, *Le sacre de l'écrivain, 1750-1780. Essai sur l'avènement d'un pouvoir spirituel laïque dans la France moderne*, Paris, Joseph Corti, 1973. Sobre el estatus del

En la Europa de la *belle époque* las formas de sociabilidad burguesa canalizaron este fenómeno de reconocimiento del artista a través de homenajes, de veladas teatrales y, en particular, de los banquetes, actos que resultaron determinantes para la construcción de su imagen pública y el consiguiente triunfo social. Su consideración ya no sería la misma después de recibir un tributo de estas características, como ocurrió con Benito Pérez Galdós tras el homenaje que se le rindió en 1883 con sendos banquetes y que certificó su consagración como *escritor nacional* en la España de la Restauración².

Según las ideas del Romanticismo, en el siglo de la construcción moderna de los estados nacionales el triunfo del escritor era el de la gloria de la nación cuyo supuesto genio, hallado y expresado en la lengua vernácula, encarnaba. La literatura, como la historia y el arte, fue muchas veces una verdadera cuestión de estado. «Nada habla tanto a la nacionalidad ni la ennoblece tan perfectamente como los monumentos literarios», declaró el 25 de enero de 1856 en las Cortes constituyentes del Bienio Progresista (1854-1856) Cándido Nocedal, justificando «el pequeño sacrificio de 400.000 reales» para la Biblioteca de Autores Españoles, «un monumento que se

escritor y el lugar de las coronaciones en la cultura española decimonónica, Guillermo Carnero, «Cultura y literatura en la vida española del siglo XIX», en *El mundo literario en la pintura del siglo XIX del Museo del Prado*, Madrid, Centro Nacional de Exposiciones y Promoción Artística, 1994, pp. 19-65, esp. 37-46.

² Roger Shattuck, *The Banquet Years. The Origins of the Avant-Garde in France, 1885 to World War I*, New York, Vintage Books, 1968. El caso de Galdós lo ha estudiado de manera ejemplar Jesús Rubio Jiménez, «Pérez Galdós, *escritor nacional*: el homenaje del 26 de marzo de 1883 y la *nueva novela* española», *Anales Galdosianos*, 58, 2023, pp. 2-37, también al respecto, su ensayo «Benito Pérez Galdós: un monumento «nacional» liberal», *Moenia*, 28, 2022.

va a levantar por el país a su verdadera nacionalidad, a sus más altas glorias nacionales y literarias», «una cosa que todos podéis votar, que no es de partido, que es nacional, que es española». Porque si bien España había perdido todas sus conquistas y riquezas e influencia en el mundo —argumentaba el diputado del Partido Liberal Moderado—, «no se borrarán jamás nuestros monumentos literarios» y «allí donde no llega nuestra espada, allí donde no alcanza nuestra influencia política, allí llegará el nombre glorioso e inmortal de Cervantes y de Lope, de Calderón y Quevedo»: «mientras ellos duren, y no pueden menos de durar, nuestra nacionalidad es imperecedera»³.

La certidumbre de que la nacionalidad se hallaba en los «monumentos literarios» suponía que el éxito del artista contemporáneo, antes que el de una trayectoria particular, fuera el de la tradición de la que formaba parte, encarnada en una vigencia celebrada que encumbraba a sus representantes a la consideración de *glorias y celebridades nacionales*, príncipes de sus respectivos ingenios. Como con el pasado escrito en las historias nacionales o las imágenes representadas por la pintura de historia, con sus figuras coetáneas se iba fundamentando la existencia de la cultura nacional en el tiempo, otra expresión de *la invención de la tradición* a que se refirió Eric Hobsbawm, imprescindible en todo proceso de construcción nacional para

³ *Diario de Sesiones de las Cortes Constituyentes*, Legislatura 1854-1856, n.º 298, 25 de enero de 1856, pp. 10218-10219. Sobre la significación de la empresa para la cultura nacional, José-Carlos Mainer, «La invención de la literatura española», en José-Carlos Mainer y José María Enguita (coords.), *Literaturas regionales en España*, Zaragoza Institución Fernando el Católico, 1994, pp. 36-37 e Ignacio Peiró Martín, *En los altares de la patria. La construcción de la cultura nacional española*, Madrid, Akal, 2017, p. 20.

hacer pasar por histórico —por eterno, como pretende la manipulación nacionalista— lo creado. Al comienzo del siglo xx, durante la edad de las masas, en cuya conciencia la prensa desempeñó un papel decisivo, el resultado de la reinterpretación cultural decimonónica en términos nacionales se sometió a la reformulación a su vez nacional del modernismo, que, con el ideario patriótico del regeneracionismo conservador, replegó en la tradición (y en el tradicionalismo) sus planteamientos, y se encontró también con la puesta en marcha de un proceso de regionalización de la cultura que en unos casos se escudó en sus baluartes propios y en otros —o incluso al tiempo— favoreció la verdadera dimensión nacional de sus reivindicaciones⁴.

Con estas prácticas, y en estos términos y circunstancias, fue celebrado Jacinto Benavente en varios momentos de su vida, tanto en España como en otros países europeos y en los Estados Unidos e Hispanoamérica. A lo largo de los años acumuló una extraordinaria sucesión de reconocimientos de los que el Premio Nobel de Literatura de 1922, en la segunda ocasión en que el galardón sueco recaía en un autor español, constituye solo la cima de una trayectoria prolífica —más de ciento setenta títulos teatrales, alrededor de doscientas obras

⁴Norman Davies, *Europe. A History*, London, Pimlico, 1997, p. 482; Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; Peiró Martín, *En los altares de la patria*; José Álvarez Junco, *Emergence of Mass Politics in Spain. Populist Demagoguery and Republican Culture, 1890-1910*, Liverpool, Liverpool University Press, 2001; Juan Carlos Ara Torralba, *Del modernismo castizo. Fama y alcance de Ricardo León*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 1996; José-Carlos Mainer, *Regionalismo, burguesía y cultura: los casos de Revista de Aragón (1900-1905) y Hermes (1917-1922)*, Zaragoza, Guara Editorial, 1982 y «La invención estética de las periferias», en Carmen Pena (ed.), *Centro y periferia en la modernización de la pintura española (1880-1918)*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1993, pp. 26-33.

de su autoría— que conquistó el más alto éxito artístico y social, en España y en Europa y en América. ¿Quién se lo hubiera dicho a un dramaturgo que, aun conociendo el éxito, escribía en su columna «De sobremesa» de *El Imparcial* a finales de 1909: «¡Bello país! ¡Cuántas veces hubiera uno emigrado si no hubiera uno aprendido a despreciar desde muy joven!»? ¿A qué más podía aspirar un hombre de teatro que desde el comienzo de su trayectoria batalló por ofrecer en España un repertorio innovador similar al que se podía contemplar en los mejores escenarios internacionales? Sus obras fueron estrenadas en los teatros más importantes y por las mejores compañías; obtuvo el apoyo de los empresarios teatrales y contó con el respaldo de la política y el periodismo, con la implicación directa de renombradas personalidades como Antonio Maura y de las cabeceras más influyentes, como *ABC*, *La Época* o *El Imparcial*. Pero, sobre todo, obtuvo el favor de la sociedad y el público burgueses, cuyos aplausos le concedieron una popularidad multitudinaria que desde mediados de la primera década del siglo xx, y en especial tras el éxito de *Los intereses creados* (1907), lo ratificó como su autor predilecto, como el dramaturgo español más reconocido cuyo público entusiasta lo sacaría a hombros del teatro en las grandes noches de estreno⁵.

Para esa consideración fue determinante lo ocurrido en 1912, unos meses después de que se pidiera ya para su persona el Premio Nobel. En junio la Real Academia Española concedió a *Los intereses creados* el Premio Espinosa y Cortina,

⁵ Archivo Histórico Nacional / Diversos-General, signaturas: 365, N. 2 y N. 13, con numerosos invitaciones y programas de homenajes (almuerzos, cenas, banquetes, conciertos y otros actos) europeos y americanos en honor de Benavente celebrados entre 1906-1955; Jacinto Benavente, «De sobremesa», *El Imparcial*, 27 de diciembre de 1909, p. 3.

distinguiéndola como la mejor obra dramática estrenada en los escenarios españoles en el quinquenio de 1903-1907, y en octubre elegía a su autor para formar parte de la Corporación como académico de número. Los biógrafos y estudiosos de Benavente han señalado esos reconocimientos al evocar su trayectoria, pero no se ha reconstruido con precisión lo ocurrido ni se ha insistido en la importancia que tuvo para la significación de su figura en las coordenadas históricas y culturales delimitadas en los párrafos previos⁶.

⁶ He utilizado: Constancio Eguía Ruiz, «Un dramaturgo en la Academia: don Jacinto Benavente», en *Literatura y Literatos*, Madrid, 1914, pp. 281-310; Federico de Onís, *Jacinto Benavente. Estudio literario*, Nueva York, Instituto de las Españas, 1923; Walter Starkie, *Jacinto Benavente*, Oxford, Oxford University Press, 1924; Ángel Lázaro, *Jacinto Benavente. De su vida y de su obra*, París, Agencia Mundial de Librería, 1925 y *Vida y obra de Benavente*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1964; Antonio Guardiola, *Benavente. Su vida y su teatro portentoso*, Madrid, Espejo, 1954; Federico Carlos Sainz de Robles, *Jacinto Benavente*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1954; Ismael Sánchez Estevan, *Jacinto Benavente y su teatro. Estudio biográfico crítico*, Barcelona, Ariel, 1954; Luis Aguirre Prado, *Jacinto Benavente*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1966; Enrique Llovet, «Jacinto Benavente y su circunstancia literaria y social», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 204, 1966, pp. 519-526; José Montero Alonso, *Jacinto Benavente. Su vida y su teatro*, Madrid, Sucesores de Ribadeneyra, 1967; Marcelino C. Peñuelas, *Jacinto Benavente*, translated by Kay Engler, New York, Twayne Publishers, 1968; Mariano Sánchez de Palacios, *Jacinto Benavente. Estudio y antología*, Madrid, Compañía Bibliográfica Española, 1969; José-Carlos Mainer, «Consideraciones sobre Benavente, los intelectuales y la política», en *Literatura y pequeña burguesía en España (notas 1890-1950)*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1972, pp. 121-139; Julia Ortiz Griffin, *Drama y sociedad en la obra de Benavente (1894-1914)*, New York, Anaya / Las Américas, 1974; Robert Louis Sheehan, *Benavente and the Spanish Panorama, 1894-1954*, Chapel Hill, Hispanófila, 1976; Francisco J. Díaz de Castro, «Jacinto Benavente Martínez», en Real Academia de la Historia, *Diccionario Biográfico*